

Fantasmas y aparecidos

Los casos de personas muertas o de fantasmas que se aparecen a los vivos son demasiado numerosos como para ignorarlos, y la ciencia se ha abocado a investigar su existencia, su procedencia y su identidad.

En 1.977, un grupo de investigadores de la Universidad de California en Santa Bárbara presencié estupefacto la experiencia de una mujer que fue agitada violentamente y presentó luego contusiones, arañazos, heridas y desgarramientos típicos de violación sexual.

Sólo pudieron observar el fenómeno y fotografiarlo para constatar que lo dicho por la paciente era veraz, pues esto se repetía desde hacía años, mientras los expertos no lograban descifrar su causa, los psiquiatras no conseguían diagnosticar el mal ni atenuar sus signos, y los exorcistas no conseguían ponerle fin.

En su desesperado intento de librarse de ese tormento, la paciente se trasladó a la Universidad de Los Ángeles con la intención de ser estudiada. El escepticismo inicial de los investigadores, la vio como una histérica similar a las religiosas que siglos atrás se creían presas de asaltos diabólicos, pero la evidencia los obligó a modificar esa actitud.

El caso, por inconcebible que parezca, no es único. La creencia en presuntos asaltos sexuales perpetrados por entidades espirituales, se pierde en la memoria colectiva de la humanidad, pero se recrudesció con la creencia medieval en los íncubos y los súcubos.

Sin embargo, estas historias son aisladas excepciones, que rompen la norma de actuación de los fantasmas, habitualmente mucho más inofensivos de lo que podríamos imaginar.

Sin embargo, narraciones de este tipo, unidas a la imagen popular de los fantasmas como seres de ultratumba que se complacen en asustar a la gente, han convertido a estos seres en el paradigma de lo anticientífico.

Por eso, han provocado el rechazo emocional de cualquier persona que se tenga por medianamente racional, y que llega a afectar incluso, a muchos de los testigos contemporáneos de sus apariciones, quienes frecuentemente se niegan a aceptar sus propias experiencias.

Pero, como ocurre con tantos otros fenómenos paranormales, menospreciados por el racionalista clásico, y considerados hoy por los investigadores vanguardistas como "anomalías científicas"; las apariciones fantasmales han sido aceptadas como algo normal, prácticamente por la totalidad de las culturas del planeta.

Cada una las ha interpretado según sus propias creencias, integrándolas en su folklore y viéndolas como manifestaciones del ultramundo. Tan sólo en Occidente, con el advenimiento de la mentalidad científica y causalista hace tres siglos, ha comenzado a rechazarse su existencia.

Sin embargo, diversas encuestas indican que percibir una presencia fantasmal es una experiencia mucho más frecuente de lo que podríamos imaginar, una experiencia que alrededor del 10% de la población occidental cree haber tenido al menos, una vez en la vida.

Hasta tal punto llega esta falta de entendimiento, que resulta imposible precisar qué es un fantasma. Todas las definiciones que puedan darse se basan en algunas de las múltiples explicaciones que se han propuesto sobre este fenómeno, y entre ellas se encuentran, desde luego, los errores de interpretación de multitud de fenómenos ordinarios, un cierto porcentaje de fraudes más o menos conscientes, y las alucinaciones provocadas por una causa puramente subjetiva que, en algunos psicóticos y alcohólicos, pueden adquirir una consistencia impresionante.

Pero, aun cuando estas explicaciones aclarasen un 98% de las presuntas apariciones, no son capaces de resolver muchísimos casos. Son aquellos en los que, a consecuencia de su experiencia, el testigo llamado percipiente, es una persona mentalmente sana, que da informaciones precisas sobre otra persona llamada el aparente, y cuya voz percibe en la aparición; o unas circunstancias, es decir, el mensaje que generalmente implica la aparición, que no conocía anteriormente.

Mucho más difícil resultaría explicar las apariciones colectivas, en las cuales varias personas están convencidas de ver simultáneamente, la misma figura fantasmal, y cada una la describe desde distinto ángulo, como la verían si se tratase de un cuerpo físico; si bien con mucha frecuencia, algunos de los presentes no logran observarla.

Otro tanto sucede con las apariciones percibidas, además de por otros testigos adultos, por niños y animales, cuyo comportamiento indica que creen estar presenciando algo anómalo. La realidad es que la literatura y la historia narran cientos de casos.

Etimológicamente, el término greco-latino *phantasma* significa aparición o algo que se muestra. Podemos contentarnos con definirlo provisionalmente como la manifestación inmaterial o aparición de una persona

ausente, cuya imagen se superpone temporalmente en el ambiente donde se encuentra el testigo. Se presenta, por tanto, como un fenómeno de naturaleza aparentemente perceptual.

La concepción del mismo como el espíritu de un difunto tiñe las descripciones o comentarios de los múltiples cronistas, escritores y pensadores que a través de los siglos, han prestado atención a los fantasmas.

Sócrates explicaba como, tras abandonar su cuerpo, los espectros de las personas demasiado apegadas a la materia, regresan a los lugares que frecuentaron y se aparecen a los vivos; como consecuencia de que no perfeccionaron en vida su espíritu.

Similar visión tenían los germanos, para quienes estos espíritus imperfectos vagaban por un mundo intermedio, llenando de espanto la noche con sus siniestras apariciones.

Los romanos veían frecuentemente a los fantasmas como almas de personas asesinadas que sembraban el terror en el lugar donde recibieron la muerte; y a veces, predecían desgracias venideras.

Los padres de la Iglesia Católica, por el contrario, atribuyeron las apariciones a engaños diabólicos, por lo que no es de extrañar que durante siglos, los fantasmas de los muertos, sin dejar por ello, de ser numerosos, cediesen su supremacía a las más diversas manifestaciones demoníacas. Pese a ello, la Iglesia se vio obligada a tener en cuenta las abundantes apariciones de los santos en sus procesos de canonización.

La literatura de los últimos tiempos está también repleta de fantasmas de los difuntos que vuelven para cumplir su última voluntad. Los encontramos en Tasso, Camoens, Bécquer, Gautier, Nerval, Hoffman, Byron, Dickens, Wilde, Poe y otros muchos escritores, algunos de los cuales fueron testigos personales de las apariciones.

En la década del 1.870, el interés por el fenómeno condujo a Inglaterra a la creación de dos asociaciones universitarias: la "Phantasmological Society" de Oxford y el "Ghost Club" de Cambridge.

A esta última, que aún subsiste, pertenecieron algunos de los pioneros de la parapsicología que, en la década siguiente, crearon, junto a otros eruditos, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas (SPR). Éstos realizaron una amplia encuesta sobre las alucinaciones sensoriales aparentes e intentaron buscar una explicación a las conclusiones estadísticas que se desprendían de la misma, y hay que admitir que desde entonces, no se ha avanzado mucho.

Trabajando sobre los vastos archivos de la SPR, en 1.953 Tyrrell procedió a definir las características que tendría una hipotética "aparición perfecta". Creó así un modelo que reunía los múltiples detalles observados en una gran diversidad de casos, dejando de lado las peculiaridades.

Comparada con la imagen normal de un ser humano, encontraríamos los siguientes puntos de semejanza:

1. Ambas figuras resaltan en el espacio y aparecen igualmente nítidas, claras y sólidas.
2. Se puede andar en torno a la aparición, verla desde cualquier ángulo y distancia, sin descubrir ninguna diferencia con la persona real.
3. Ambas figuras se verán con la misma nitidez o dificultad según las condiciones de luminosidad sean buenas o malas.
4. Las dos oscurecerán o tapan el fondo.
5. Si nos aproximamos a la aparición, la oiremos respirar y escucharemos el ruido de sus movimientos.
6. Ésta se comportará como si advirtiese nuestra presencia, mirándonos de un modo natural y volviendo la cabeza para seguir nuestros movimientos.
7. Podremos sentir su frío contacto si se nos aproxima y ver reflejada su imagen en un espejo.
8. Puede hablarnos e incluso responder a alguna pregunta, aunque es difícil que mantenga una conversación larga.
9. Si cerramos los ojos o volvemos la cabeza, dejaremos de verla como ocurriría con la persona normal.
10. La aparición puede llevar otros accesorios, además de sus ropas, y estar acompañada por animales y otras figuras humanas.
11. Podemos verla y oirla recoger un objeto o abrir una puerta, pese a que físicamente ninguno de estos se haya movido.
12. Si intentamos asirla, puede suceder que la mano pase a través de la misma, sin hallar resistencia, que suframos la alucinación de tocar su superficie o bien que desaparezca.

13. A veces, la aparición no imita perfectamente el comportamiento de una persona normal, y hasta puede hacerse ligeramente luminosa.

14. Por el contrario, la aparición perfecta no suele causar efectos objetivamente mensurables, ni abre puertas ni es fotografiada, aunque esta característica, como las anteriores, está sujeta a excepciones.

Desde luego, existen multitud de apariciones "invisibles", en las cuales sólo se percibe su presencia mediante otros sentidos; y son numerosas aquellas en las que más de un sentido resulta afectado por las mismas.

Según un estudio realizado en el Instituto de Investigación Psicofísica de Oxford, mientras que en el 84% de las apariciones son percibidas visualmente, el 37% son auditivas, e implican palabras, otros sonidos vocales o ruidos de objetos que contribuyen al realismo de la visión. El 15% son táctiles, el 8% olfativas, el 18% conllevan un cambio en la temperatura, generalmente frío, y el 39% implica más de un sentido; en tanto otras son percibidas a través de impulsos emocionales o motrices, por la sensación de que "alguien está presente", o bien mediante sus efectos físicos.

Las apariciones pueden producirse a cualquier hora del día o de la noche, y en cualquier lugar, aunque el 61% acaece en la casa del percipiente o en sus proximidades, y sólo un 4% en su lugar de trabajo habitual. Sólo un 12% ocurre en algún sitio que no había visitado anteriormente y que podría considerarse más adecuado para un acontecimiento "excepcional", que los ambientes cotidianos.

Según la casi totalidad de los percipientes, los fenómenos se inician de forma completamente inesperada, apareciendo ante ellos de una manera natural: la ven de pie cuando miran delante suyo, o la ven entrar por la puerta, y no solidificándose en medio del aire.

Tras un período que varía entre menos de 15 segundos y ½ hora, la aparición se desvanece súbitamente, mientras el sujeto la contempla, o bien se va de una forma que viola su aparente realismo físico, es decir, atravesando el suelo, la pared o una puerta. Algunas terminan cuando se intenta tocarlas.

La clasificación que Tyrrell realizó de las diversas "apariciones" (experimentales, críticas, post-mortem y espectrales), aún hoy puede considerarse válida en líneas generales, siempre que antes se hayan descartado todas las apariciones explicables mediante causas naturales o por alucinaciones subjetivas, eidéticas (eidetismo: facultad de reproducir con precisión, la imagen de un objeto, después de fijar la vista unos instantes en ellos), y de orden patológico.

En cuanto a su explicación, lo único que parece cierto, es que bajo un mismo denominador se engloba una diversidad de fenómenos, y sólo nos es posible apuntar una serie de hipótesis, todas ellas muy lejos de estar comprobadas, y menos aún de resultar concluyentes.

Las escasas apariciones inducidas experimentalmente, que se conocen, en las cuales el agente vivo logra, mediante concentración, hacerse visible ante un determinado percipiente, arrojan una luz inapreciable sobre la naturaleza de muchas apariciones, conocidas como "fantasmas de los vivos".

Éstas no serían sino alucinaciones provocadas, generalmente de manera involuntaria, por un mensaje telepático emitido por el aparente. Aunque no se conocen experimentos contemporáneos de este tipo, este fenómeno podría estar relacionado con las experiencias ecsomáticas o desdoblamiento, en las que el sujeto intenta abandonar su cuerpo.

Por otro lado, se ha logrado en el laboratorio, influir de manera precisa en el comportamiento de animales; quienes reaccionan como si estuvieran en presencia de una persona. Pero este fenómeno, que podría explicar las autoapariciones en las cuales un individuo cree contemplar su propio fantasma y las bilocaciones en las que una persona es vista en un lugar distinto a aquel en el que se encontraba físicamente, requeriría tratamiento aparte.

Hay multitud de casos en los cuales se ha visto, oído o sentido una aparición conocible, al mismo tiempo que el aparente estaba atravesando una crisis, ya fuere una situación emocionalmente intensa o una agonía.

Para explicar los mismos, la hipótesis más adecuada parece ser la de la alucinación telepática provocada por esta situación excepcional, en la que supone un deseo inconsciente de comunicación del agente con el percipiente, a quien generalmente, le unen estrechos lazos afectivos.

En opinión de muchos parapsicólogos, idéntica explicación tendrían los casos en los que la aparición es percibida en un plazo inferior a doce horas después de producida la muerte del aparente, debiéndose probablemente el retraso, a un período de latencia, durante el cual el percipiente retendría el mensaje hasta estar preparado para recibir la noticia del fallecimiento del ser querido.

Esto no explicaría las apariciones de individuos sucedidas algún tiempo después de su deceso, en muchas de las cuales comunican un mensaje verificable, cuyo contenido desconocía el percipiente. En ellas encontraron los espiritualistas un argumento favorable a la hipótesis de que algo sobrevive a la muerte del cuerpo físico;

pero la parapsicología presenta otras teorías alternativas, que permitiesen explicarlas mediante los diversos fenómenos de percepción extrasensorial.

Finalmente, están las innumerables historias de espectros o manifestaciones de alguien fallecido tiempo atrás, cuya imagen frecuente un lugar determinado. La creencia en los mismos es remota, tiene carácter universal y se considera la explicación de lo que sucede en muchas casas encantadas o de brujas.

La primera tentativa de investigación parapsíquica conocida, tuvo como protagonista al filósofo Atenodoro. Tras alquilar por un precio irrisorio, una casa que todos rehuían por creerla frecuentada por el fantasma de un anciano encadenado de pies y manos, asistió impávido a los diversos intentos del espectro para atraer su atención, y observó cómo desaparecía en un patio en el que al día siguiente realizó una excavación. Allí encontró un esqueleto encadenado que fue conducido al cementerio, después de lo cual cesaron las apariciones. Idéntica situación se ha repetido varias veces durante los últimos siglos.

El jesuita Martín del Río discutió en 1599 sobre “los fantasmas que encantan ciertas localidades, turbándolas”; y estima, basándose en las conclusiones de los juristas españoles de la época, que si el arrendatario de una casa desconoce el encantamiento de la misma antes de alquilarla, tiene derecho a rescindir el contrato.

Es aceptado que los fantasmas ilustres aparecen en lugares históricos. Singularmente extendida está la creencia en los espectros de personajes reales que se pasearían por los lugares que frecuentaron en vida, especialmente abundantes en Inglaterra, país de los fantasmas por excelencia.

Las murallas del castillo de Windsor se creen frecuentadas por el espectro de Isabel I, el palacio de Kensington por el de Jorge II, y se asegura que los castillos reales de Balmoral y de Sandringham, cuentan también con huéspedes invisibles.

Pero uno de los lugares con más espectros parece ser la Torre de Londres, donde se han visto los fantasmas de nobles allí asesinados, como Eduardo V y su hermano Ricardo o la imagen decapitada de Ana Bolena.

Este tipo de historia aparece también en otras partes del mundo. Los fantasmas del palacio real de Estocolmo han sido testificados por varios reyes; muchos de los habitantes de la Casa Blanca, incluidas esposas de algunos presidentes y visitantes ilustres como la reina Guillermina de Holanda, que se desmayó de la impresión, aseguran haber visto el espectro de Lincoln o haber oído pasos y golpes inexplicables, especialmente con motivo de guerras u otras calamidades. Tampoco faltan en Hollywood los fantasmas de artistas en las mansiones donde habitaron.

Muchos de estos fantasmas, según la creencia extendida en toda Europa, son propios de ciertas familias y sus apariciones se consideran una advertencia de la próxima muerte de uno de sus miembros.

Las diversas corrientes espiritualistas mantienen, en líneas generales, que una contraparte anímica abandona el cuerpo tras la muerte, errando por una especie de mundo intermedio durante un período de tiempo variable, sin advertir por lo general, que son ajenos al mundo físico, y apareciéndose a los vivos en ciertas circunstancias.

Otros pretenden que los fantasmas son una ilusión o disfraz que adoptan los desencarnados con el fin de manifestarse a los vivos. Esto explicaría, entre otras cosas, porqué aparecen con el mismo aspecto y ropas que lo caracterizaban durante la vida; pero esta hipótesis interesante, como otras propuestas, no han resistido la validación científica definitiva, aceptada por todos, por lo cual en el actual estado del conocimiento, las apariciones no bastan por sí solas para sustentar científicamente la sobrevivencia después de la muerte. Además, muchos opinan que ésta difícilmente explicaría las numerosas apariciones de animales domesticados y salvajes, autobuses, automóviles, trenes, barcos y otros muchos objetos; e incluso las de ejércitos completos, batallas y otros acontecimientos que surgen ante los testigos de la misma manera, aunque con bastante menos frecuencia, que las figuras humanas.

Sin embargo, estos argumentos tampoco tienen comprobación científica y sólo se trata de una especulación, por lo que algunos han propuesto que toda esa representación puede ser simplemente la simbología, habitual en la psiquis humana que produce por ideoplastia la representación de lo que se piensa.

En este orden de ideas, todo lo que existe en el Universo sería resultado de una idea universal que se plasma en la materia, en todas sus formas, cada ser vivo poseería un cuerpo físico como respuesta a una idea conductora, y cuanto más elevado en la escala, mayor sería la complejidad de la idea y por ende de su organismo.

El ser humano, en la cúspide de esa escala, desarrolló una psiquis compleja y productora de ideas que se materializan en infinitas formas en el plano material; pero también en el plano intangible de los pensamientos que producen formas, por ejemplo, cuando sueña y simboliza ideas, a veces, hasta escondidas para sí mismo.

No es extraño admitir, entonces, que si después de la muerte física, el pensamiento persiste bajo un sustrato de una forma de materia o energía, aún desconocida por la ciencia, también persistan sus ideas, propias y peculiares de cada uno, y que se manifiesten exactamente igual que cuando poseía un cuerpo físico para expresarse.

No obstante, ninguna teoría ha logrado abarcar todo el fenómeno, aportando evidencias indiscutibles que satisfagan a toda mente racional y científica.

Hace más de cien años, Myers estimaba que las apariciones podían ser “una manifestación o residuo de la energía personal persistente que la persona generó mientras vivía”. Medio siglo después, Price las interpretó como grabaciones conservadas en una suerte de “éter psíquico” invisible, difundido por todo el espacio y la materia, capaz de conservar indefinidamente las imágenes impresionadas por los seres vivos en circunstancias traumáticas, como una muerte violenta o un intenso sufrimiento. La situación humana registrada de esta manera podría hacerse perceptible en determinadas circunstancias para cualquier persona sensitiva.

Otros investigadores estiman que los sucesivos observadores de la aparición podrían reintensificarla, contribuyendo a su mantenimiento en ese “éter psíquico”. Pese a que tal lenguaje parezca hoy científicamente desfasado, una teoría de este tipo tiene la ventaja de ser aplicable a los distintos tipos de apariciones y lugares encantados, explicaría la captación fotográfica de imágenes que a veces, resultan imperceptibles para el ojo humano, y el hecho de que un fantasma pueda ser visto sólo por alguno de los presentes, y no por todos.

En realidad no sería visto, de acuerdo a la definición aceptada como la percepción por el órgano de la visión y sus vías nerviosas; sino como una percepción extrasensorial que semeja la visión, tal vez por estimulación directa de los centros cerebrales que actúan en la codificación de las imágenes recibidas normalmente por los ojos.

El experimento realizado en Canadá en 1.972, en el curso del cual un grupo de investigadores dirigidos por George Owens, aparentemente logró crear con su mente un fantasma de características predeterminadas; así como las prácticas tibetanas destinadas a la creación de “tulpas” o pensamientos, es decir, una forma dotada como aquel de una suerte de personalidad autónoma o libre, parecen abundar en esta idea: las apariciones serían una especie de creación psíquica más o menos persistente, producida por el ser humano, que podría impregnar ciertos lugares y ser percibido por las personas que los visitan.

Aunque esta posibilidad sea aceptada, pues admite que la mente humana produce representaciones simbólicas, no descarta que el pensamiento del espíritu después de la muerte, conserve esa capacidad.

Esta colección de teorías, muchas veces no ayuda a aquellas víctimas de estos fenómenos, ni probablemente podrá evitar que muchas personas continúen evitando las casas y lugares encantados.

Pero vale la pena tenerlas en cuenta, así como cualquier otra hipótesis que pueda surgir en el futuro; pues la ciencia se contruye por medio de escalones, que no siempre se recorren sucesivamente, ya que frecuentemente, se avanzan unos cuantos, para retroceder y volver a empezar.

Aunque todavía nadie haya podido demostrar, con la aceptación de todo el mundo científico, qué son los fantasmas, más que seguir especulando sobre la naturaleza de este fenómeno, es necesario investigarlo con mayor profundidad y sin prejuicios.

Si bien esta tarea es una de las más arduas y complejas a las que se enfrenta la parapsicología, es también una de las más prometedoras, en cuanto a las fascinantes posibilidades teóricas y prácticas que en un futuro podrán desprenderse de ella.

Los investigadores de las apariciones trabajan usualmente, con declaraciones de testigos y con las posibles evidencias que puedan apoyar las mismas. La metodología y aparatos de los que se valen, están inicialmente destinados a detectar las posibles explicaciones naturales de estos fenómenos que, junto con los errores de percepción, alucinaciones y otras creaciones del inconsciente, son las más frecuentes.

El caza-fantasmas debe ser una mezcla de detective, de investigador periodístico, con algo de científico y psicólogo. Su equipo puede incluir, además de una batería de tests y cuestionarios, videos y filmadoras, cámaras fotográficas provistas de película infrarroja y conectadas a magnetófonos que permiten registrar cualquier evidencia visual o sonora. También cuadernos de notas y material de dibujo, linternas, interfonos, instrumentos capaces de captar cualquier vibración o corrientes de aire; vaselina para cubrir superficies y registrar las huellas dactilares de cualquier manipulador, y otros instrumentos que se adapten a las necesidades de cada caso. Algunos investigadores diseñaron aparatos detectores de energía psíquica que podrían señalar la presencia de un espectro, pero hasta ahora, tampoco han arrojado pruebas científicas concluyentes.